

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

TOMO LXIX, enero-abril de 2004, N.º 271-272



BUENOS AIRES
2004

¿QUÉ ES HABLAR BIEN? LOS HABLANTES DE BUENOS AIRES OPINAN¹

La encuesta a los hablantes de Buenos Aires, a la que hoy venimos a hacer referencia, fue objetivo central del proyecto “El español de Buenos Aires”, subsidiado por la Universidad de Buenos Aires, radicado en el Instituto de Lingüística y desarrollado por un equipo de docentes de las cátedras de Historia de la Lengua y de Dialectología, e investigadores de la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad.

Es justo señalar en principio que, si bien los estudios sobre las actitudes lingüísticas se han generalizado en las cuatro últimas décadas, el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA ya había mostrado su preocupación por la opinión de los hablantes en cuanto a su lengua en el precursor *Castellano, español, idioma nacional*, de Alonso (1938); pocos años más tarde, Berta Elena Vidal de Battini, en su *Primera encuesta del habla regional*, previa a *El español de la Argentina* (1964), incluiría una pregunta sobre la designación del idioma. Y también es de justicia hacer mención del amplio programa dialectológico del español conocido como “Proyecto de estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica”, surgido en 1964 en el marco de un simposio organizado por el Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas (*PILEI*), que se propuso la descripción de la lengua estándar de las capitales (en tanto difusoras de la norma) con el objetivo explícito de su aplicación

¹La presente exposición, dirigida a un público amplio, resume y desarrolla selectivamente algunos temas tratados en congresos y jornadas especializadas. La encuesta fue concebida y dirigida conjuntamente en todas sus etapas por Leonor Acuña y por quien esto escribe. Cf. Moure 1995, Acuña y Moure 1999a, 1999b, 2000 y 2003.

a la alfabetización y a la enseñanza de español a extranjeros. En nuestro país, instadas por una recomendación surgida en el marco de este proyecto, y mayoritariamente en las postrimerías de la década de 1970 y comienzos de los ochenta, se llevaron adelante encuestas sobre la actitud de los hablantes, las que salvo excepciones (Blanco *et al.*, 1978) y en conformidad con los intereses del Programa, apuntaron al segmento poblacional culto (Malanca *et al.*, 1981, Malanca *et al.*, 1986, Martorell de Laconi, Solé, 1986, Boretti de Macchia *et al.*, 1988).

La nuestra fue una encuesta de tipo cara a cara sobre un cuestionario semiestructurado, basada en un muestreo aleatorio por conglomerados correspondientes a la Capital Federal y a cinco municipios del conurbano bonaerense (General Sarmiento, Vicente López, Florencio Varela, Lanús y Morón). El cuestionario se integró con sesenta preguntas, que se desdoblaron para su procesamiento en ciento sesenta entradas, una parte inicial de las cuales inquiría sobre indicadores estimados pertinentes para la conformación de la variable *nivel sociocultural*, la que se obtiene a partir del cruce de datos sobre tipo de vivienda, nivel de educación del entrevistado y de sus padres, profesión y consumos culturales. Esta variable, novedosa con respecto a las consideradas en las encuestas previas, y más adecuada a la finalidad de nuestra investigación, se prefirió a la de *nivel socioeconómico*, que privilegia los indicadores de capacidad de consumo acumulado. Las restantes preguntas del cuestionario apuntaban a determinar la denominación o denominaciones que el hablante da a su lengua y su justificación, a la detección de los rasgos que considera caracterizadores de la corrección e incorrección lingüísticas y de los grupos a los que su imaginario atribuye el buen y el mal hablar, a la valoración que hace de su dialecto cuando califica otras variedades, a la identificación de los modelos lingüísticos, a la determinación de sus conductas normativas y a la evaluación comparativa que hace de las instituciones fijadoras de norma.

Desde la Academia Argentina de Letras, y en atención a la fecha que hoy celebramos, nos pareció oportuno difundir y comentar dos aspectos que se desprenden de las respuestas de los hablantes porteños: el que involucra las preguntas por medio de las cuales es posible determinar sus criterios explícitos o implícitos de corrección e incorrección lingüísticas, y el de la significación que se atribuye a las instituciones potencialmente fijadoras de la norma lingüística.

Analizadas las respuestas a las preguntas *¿Quiénes hablan bien? / ¿Por qué?*, y sus correlativas *¿Quiénes hablan mal? / ¿Por qué?*, quedó de manifiesto que en opinión de los entrevistados quienes hablan bien son aquellos que tuvieron acceso a la instrucción. Se induce así que el buen hablar se considera consecuencia de la posibilidad de acceder a la educación; de ello se sigue, a su vez, que el empeoramiento de la educación es factor determinante del empeoramiento del hablar. La educación es concebida por los entrevistados como proveedora de conocimientos, de hábito de lectura y de información. En un segundo lugar, aunque significativamente distanciado, se ubican como razones del buen hablar la práctica de la lectura y el cuidado del hablante, y son rasgos observados en primera instancia el vocabulario (en sus cualidades de riqueza y variedad), y luego la claridad y la sencillez. El mal hablar es consecuentemente atribuido a la gente sin educación, pero también a los jóvenes, a “la mayoría” y a los extranjeros. La falta de coherencia, expresada en un frecuente “no se entiende lo que dicen”, es rasgo de mal hablar que caracterizaría globalmente a ciertos grupos (los políticos) y a personalidades de la escena pública (al momento de la realización de la encuesta, el ex presidente Menem y Maradona fueron menciones frecuentes y paradigmáticas). Las respuestas permitieron advertir que los hablantes tienden a considerar como incorrectos los rasgos caracterizadores de grupo (sea de jóvenes, de extranjeros, e incluso los “de moda”). Y así como parece aceptable que los grupos se identifiquen o posean marcas lingüísticas de pertenencia, la noción de corrección que se induce de las respuestas parece reclamar la posesión de recursos lingüísticos que permitan al hablante expresarse con adecuación a las distintas situaciones comunicativas.

Consideradas las respuestas que identifican los rasgos lingüísticos referidos al bien y al mal hablar en forma general y de acuerdo con su distribución geográfica, pudo advertirse en primer lugar que un número muy considerable de las que son denotadoras del *bien hablar* señala rasgos formales de la lengua desde una perspectiva que podemos denominar estético-normativa: para ello se emplearon adjetivos como “claro”, “elegante”, “correcto”, “formal”, “puro”, “sencillo” o expresiones referidas a quien habla, como “sabe expresarse”, “tiene una expresión correcta”, “habla con modales”, “habla con más propiedad”, “es respetuoso”, “no es vulgar”, “no es agresivo”. En este

mismo dominio es recurrente la referencia positiva a la cohesión y coherencia del discurso, que los encuestados expresaron por medio de caracterizaciones como “profundidad en el contenido”, “se les entiende”, “hablan claro”, y la ya comentada adecuación al registro, manifiesta en respuestas como “hablan con más propiedad de algunas cosas”, “utilizan las palabras correctas”, “no son desubicados”, etc. Correlativamente, se condenan como propios del mal hablar los rasgos opuestos (“no se expresan correctamente”, “no se entiende”, “[son] ordinarios”, “[es] grosero”, “carecen de formas para expresar lo que quieren”, “mienten y no saben expresarse”, “dicen cosas incoherentes”, “hablan con doble intención”, “se expresan mal por los cargos que ocupan”, “se van por las ramas”, o el muy elocuente enunciado “hablan como se les ocurre”, etc. En este rubro deben incluirse también algunas referencias prosódicas como la fluidez, y las de signo negativo como el “hablar cortado” y la rechazada recurrencia a repeticiones y muletillas.

Un análisis de las respuestas en procura de establecer la identificación efectiva de rasgos gramaticales considerados correctos o incorrectos por los hablantes, nos permite, en apretado resumen, señalar lo siguiente:

- a) La proporción de rasgos explícitos de *bien hablar* es menor que la de los que aluden al *mal hablar*. A los hablantes les resulta más fácil detectar espontáneamente rasgos de *mal hablar* que enunciar indicios positivos.
- b) Los rasgos de *mal hablar* que el porteño atribuye a los hablantes españoles son proporcionalmente insignificantes si se los contrasta con los asignados a los locales, a los otros lugares donde se habla *peor* y a los sancionados como objeto de corrección por parte de los padres, lo que es clara manifestación de la vigencia del prejuicio, añejo pero durable, según el cual la variedad peninsular es cualitativamente superior.
- c) Los rasgos cuantitativamente más significativos referidos a los restantes niveles son los correspondientes al léxico y a la fonología. En cuanto al primero, el reconocimiento del *bien hablar* encarece la posesión de un vocabulario amplio, que se vincula causalmente a la educación recibida y, en conformidad con ello, su escasez y pobreza son denunciadas como rasgos propios del *mal hablar*. Son frecuentes las referencias al que denominamos léxico *marcado*,

es decir, a la calificación positiva de vocabulario técnico (juizado “adecuado, “fino”, “lindo”, o “preciso”) y al rechazo de su contraparte: el léxico “de los jóvenes”, palabras “rebuscadas”, “que no van con su significado”, extranjerismos, neologismos, modismos y regionalismos. Es objeto de reconocimiento como indicio unánime de *mal hablar* el empleo de léxico grosero (“malas palabras”, “groserías” o “vulgaridades”), al que podrían sumarse algunas menciones negativas del “lunfardo”.

- d) En la instancia fonológica, los hablantes destacan la pronunciación, aunque con escasas particularizaciones (entonación, “correcta” realización de la *-rr-*, “caída” de sonidos (“no pronuncian las eses”), o el eventual reconocimiento elogioso de la “correcta” realización de la *-ll-*, según la pronunciación canónica peninsular, así como el mantenimiento de la diferenciación entre *s* y *z*, que se atribuye a las zonas donde se habla “bien” o “mejor”.
- e) El nivel más específicamente gramatical, y más allá de algunas menciones de dequeísmo o de encarecimiento del empleo del pronombre *tú* y su forma terminal *ti*, son mayormente aludidos por los hablantes, en su reconocimiento de rasgos del *mal hablar*, rasgos referidos a la conjugación (la incorrecta adición de *-s/* en las formas verbales de la segunda persona del singular del pretérito perfecto simple (*vistes*), y el uso errado de los tiempos en la prótasis de los períodos condicionales (*si yo tendría...*). Con sentido claramente negativo y marcado, y un porcentaje que llega al 24 % de los rasgos caracterizadores lingüísticos para los lugares donde se habla *peor*, se destaca la mención de la interferencia lingüística (“tienen influencia de otras lenguas”, “mezclan palabras del guaraní y del español”), fenómeno que se atribuye preferentemente –con una inculcable carga de prejuicio– a los hablantes emigrados de países limítrofes (bolivianos y paraguayos).

Entendemos de particular interés nuestra exposición de hoy con un rápido examen de las respuestas a las preguntas con las que los hablantes identificaron las instituciones fijadoras o difusoras de la norma lingüística, y evaluaron su papel.

A la pregunta “¿Usted conoce algún lugar o institución donde se establece cuál es la forma correcta de hablar?”, un 37% respondió negativamente; apenas un 24% aludió a la Real Academia Española de la Lengua y, aunque modesto, un 9% señaló la escuela.

Puesta entonces a consideración de los encuestados una lista de siete instituciones –la Real Academia Española (RAE), la escuela, los diarios, la Facultad de Filosofía y Letras, la televisión, la Academia Argentina de Letras y la universidad–, se les preguntó (de acuerdo con la escala de respuestas “ninguna”, “muy poca”, “bastante”, “mucho” y “no sabe”) qué influencia *tienen* esas entidades en la forma de hablar de la gente. Un primero y notable resultado fue el alto porcentaje de quienes respondieron no saber cuánta influencia ejercen la universidad (17%), la RAE (22%), la Facultad de Filosofía y Letras (32%) y la Academia Argentina de Letras (44%). A la televisión el 59% le atribuyó “mucho influencia”, seguida a bastante distancia por la escuela y la universidad (cada una, el 17%) y la Facultad de Filosofía y Letras (9%). Con respecto a la escuela y a los diarios se dictaminó “bastante influencia” (42% y 44%, respectivamente); para un 30%, la universidad tiene “bastante influencia”.

Pero estos resultados cobran relieve particular si se los coteja con los que arrojan las respuestas a la pregunta por la influencia que a juicio de los encuestados *deberían* tener esas mismas instituciones. La opinión sobre la televisión quedó entonces neutralizada entre el 29% que entiende que debería ejercer “mucho” influencia, y el 28% que sostiene que no debería ejercer ninguna. Y frente a porcentajes próximos a los ya dados, correspondientes a quienes “no saben” qué influencia deberían tener la Academia Argentina de Letras (33%), la Real Academia Española (19%), la Facultad de Filosofía y Letras (21%) y la universidad (11%), una clara mayoría entiende que debería ser “mucho” en cuanto a la escuela (68%) y a la universidad (57%) en primer término, y también a la Real Academia Española (40%), a la Facultad de Filosofía y Letras (37%) y a la Academia Argentina de Letras (35%).

Recorridas las líneas que anteceden, e instados a formular algunas observaciones a modo de conclusión parcial, creemos poder asegurar fundamentamente que:

- a) La conciencia lingüística de los hablantes que se induce de su selección de rasgos del bien y del mal hablar, denuncia un origen escolar y normativista.
- b) En cuanto a la influencia efectiva que “tienen” las instituciones, la escuela es la que lidera la preferencia colectiva, seguida por los diarios. También es la escuela la institución que, al tenor de la

encuesta, mayor influencia “debería tener” en el cuidado de la lengua.

- c) Esa conciencia lingüística denuncia la fuerte supervivencia de una expectativa depositada en las instituciones docentes –escuela y universidad sobre todo– en lo que atañe a la responsabilidad en la preservación de la calidad del idioma, misión que esas instituciones parecerían estar cumpliendo en forma muy imperfecta.
- d) Al criterio estético normativo que rige el principio de corrección subyacente en el conocimiento de los hablantes, se suma un inesperado cartabón ético, según el cual el bien hablar aparece también vinculado a la verdad de lo que se dice, a la claridad para comunicarla y a la pertinencia de quien lo hace.

Por exigencia científica, por el lugar desde el que hablamos y por la institución involucrada, no es posible soslayar una evidencia última que nos atañe: sería necio negar que la acción de la Academia Argentina de Letras no resulta favorecida en esta visión del hablante porteño medio. Pero tampoco podemos silenciar que esa deslucida consideración pública no es sino el resultado de un prejuicio histórico de arrastre y de un desconocimiento cabal de nuestra actividad de hoy. Permitásenos advertir, en este sentido, que es la Academia Argentina de Letras la que hoy está difundiendo estas opiniones y este diagnóstico, aunque no la favorezcan.

José Luis Moure

Referencias bibliográficas

- ACUÑA, LEONOR y JOSÉ LUIS MOURE. 1999a. “Los hablantes de Buenos Aires opinan sobre su lengua”. *El hispanismo al final del milenio. V Congreso Argentino de Hispanistas*. Córdoba: Proarte, 1999, vol. 3, pp. 1513-1524.
- ACUÑA, LEONOR y JOSÉ LUIS MOURE. 1999b. “La gramática en una encuesta sobre actitudes lingüísticas”. *Congreso Internacional La Gramática: modelos, enseñanza, historia*. Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

- ACUÑA, LEONOR y JOSÉ LUIS MOURE. 2000. "Una encuesta a los hablantes porteños sobre su lengua". Ponencia inédita. Primeras Jornadas "Nuestra lengua, un patrimonio". Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires. Centro Cultural San Martín, 9 de octubre de 2000.
- ACUÑA, LEONOR y JOSÉ LUIS MOURE. 2003. "Corrección lingüística, modelos e instituciones normativas: los hablantes de Buenos Aires opinan". En QUIROGA SALCEDO CÉSAR, coord. *Hispanismo en la Argentina en los portales del siglo XXI*, V, pp. 63-71.
- BLANCO, ISABEL, LIDIA OTERO y ELIZABETH RIGATUSO. 1978. "Actitudes lingüística de la comunidad bahiense". Apuntes para la cátedra de Lingüística del Departamento de Ciencias Sociales. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.
- BORETTI DE MACCHIA y MARÍA CRISTINA FERRER DE GREGORET. "Actitud del hablante frente a los ideales de lengua en la Argentina". En DONNI DE MIRANDE, NÉLIDA E.; SUSANA H. BORETTI DE MACCHIA; MARÍA CRISTINA FERRER DE GREGORET; CARMEN SÁNCHEZ LANZA y MARÍA ROSA DI ROSA. *Estudios sobre la lengua de Santa Fe*. Santa Fe: Fondo Editorial de la Provincia, 1988, pp. 235-249.
- MALANCA DE RODRÍGUEZ ROJAS, ALICIA; NORA LILY PREVEDELLO y MARÍA TERESA TONIOLO. "Actitud del hablante frente a su lengua. Resultado de una encuesta realizada en la ciudad de Córdoba (Argentina)". *Lingüística Española Actual* III, 1, 1981, pp. 33-47.
- MALANCA DE RODRÍGUEZ ROJAS, ALICIA y NORA LILY PREVEDELLO. "Actitud del hablante ante su lengua. Estudio del español hablado en la Argentina Mediterránea". En *Anuario de Letras XXIV*. México, 1986, pp. 387-406.
- MOURE, JOSÉ LUIS. "Un proyecto de estudio del español de Buenos Aires". En VILLARINO, MARTA EDITH *et al.*, eds. *Actas del IV Congreso Argentino de Hispanistas. Mar del Plata - Argentina 18, 19 y 20 de mayo de 1995*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 1995, pp. 85-87.
- SOLÉ, CARLOS A. c 1986. Ms. Actitudes lingüísticas del bonaerense culto.